

LXXV

Ya fuera efecto del querer divino,
Que así agitara su furiosa mente,
Para que del imperio palestino
Aquel día por último se cuente,
O quizá que á la muerte ya vecino,
A ir á su encuentro estimular se siente,
Rápido abre la puerta, é impetuoso
Al combate se arroja sanguinoso;

LXXVI

No espera ver si alguno le seguia;
Solo, corriendo sale á la campaña:
Solo, mil enemigos desafía:
Solo, quiere acabar ínclita hazaña;
Mas muchos lleva en pos su valentía,
Y hasta el viejo Aladino le acompaña.
Aun el más cauto y más cobarde avanza,
Más de furor movido que esperanza.

LXXVII

Los que primero alcanza el turco fiero
Caen de rudos golpes, no esperados;
Y es en darles la muerte tan ligero,
Que matar no se ven, mas sí matados.
Desde el primer soldado hasta el postrero
El terror cunde y gritan espantados,
Tal que ya la fiel gente de Soría
En tumulto revuelta casi huía.

LXXVIII

Con no tan gran terror y desconcierto
Su orden y puesto guardan los gascones,
Aunque el próximo riesgo al descubierto
Les cae, sin anuncio ó prevenciones.
Jamás garra de fiera en el desierto
O de águila en las célicas regiones,
Fué en aves ó en ganado ensangrentada
Cual lo fué en éstos del Soldan la espada.

LXXIX

Parece que cruel, voraz, sedienta,
Pace los miembros y la sangre bebe,
Y á Aladino y los suyos tanto alienta,
Que todo á muerte y destruccion se lleve.
Mas acude Raymundo á la sangrienta
Lucha, y contra el Soldan el paso mueve,
Aunque reconoció la mano fuerte
Que en otra vez le hirió casi de muerte.

LXXX

Aun de nuevo la arrostra, y renovada
La ofensa, donde ántes cae herido;
Culpa fué sólo de la edad sobrada
A la que es el gran golpe desmedido.
De cuanto escudo hay cerca y cuanta espada,
Tambien aquella vez es defendido;
Mas le deja el Soldan, que acaso crea
Que le mató ó que fácil presa sea.

LXXXI

En otros hiere; atroz mata y cercena,
Y en corto espacio hazañas mil realiza.
Busca luego, de furia el alma llena,
Nuevos contrarios en quien haga riza.
Como de pobre mesa á rica cena
Pasa ayuno al que el hambre martiriza,
Tal corre á nueva lucha, donde hartanza
Halle su hambre de sangre y de matanza.

LXXXII

Por el derruido muro se apresura
A bajar y al combate se encamina.
El furor en los suyos, la pavura,
Que á los contrarios inspiró, aún domina.
La hueste infiel asegurar procura
La victoria que aun no se determina;
La otra resiste, aunque á impedir no acierta
Que de querer huir señal se advierta.

LXXXIII

Cede lidiando la gascona gente;
 Mas la de Siria á dispersion se entrega.
 Cerca están del albergue en que el valiente
 Tancredo yace, y dentro el clamor llega;
 Le oye, y el lecho deja aún doliente;
 Sale, y mira en la bárbara refriega
 Postrado el Conde, que unos van cediendo,
 Y otros, del miedo atónitos, huyendo.

LXXXIV

El valor, que en el bueno no fallece,
 Porque flaco y herido el cuerpo sienta,
 Los lacerados miembros robustece
 Como espíritu ó nueva sangre alienta.
 Embraza el fuerte escudo, y no parece
 Grave al brazo que exangüe lo sustenta,
 La diestra empuña su desnudo acero,
 Que eso al valiente basta, y va ligero

LXXXV

Gritando: "¿A dónde el miedo os precipita
 " Dejando al señor vuestro en otras manos?
 " Harán en templo bárbaro ó mezquita
 " De sus armas trofeo los paganos.
 " A su hijo llevaréis nueva inaudita:
 " Que murió el padre huyendo sus hermanos."
 Dice, y del pecho enfermo aún desnudo
 A mil sanos y armados hace escudo.

LXXXVI

Con el que él grave lleva, de doblados
 Siete cueros de toro bien compuesto,
 Y sobre ellos de acero alto templados
 Siete aros y un rodete en medio puesto,
 De espadas, picas, dardos arrojados
 Cubre al Conde y le tiene bien repuesto.
 Su espada hace al contrario que se aleje
 Y á la sombra seguro le protege.

LXXXVII

Bajo el amparo fiel, pronto respira
 El buen viejo y se alza presuroso;
 Doble fuego le abrasa, ardiendo en ira
 El pecho y en vergüenza el rostro añoso.
 Ojos de fuego á todas partes gira,
 Buscando á quien le hirió fiero y sañoso.
 No hallándole, resuelve cruel venganza
 De los otros hacer en la matanza.

LXXXVIII

Los aquitanos vuelven, y ya unidos
 Al jefe siguen, á vengarse atento.
 Temen los que atacaban decididos;
 Donde ántes miedo, hay ora atrevimiento;
 Son los que perseguían perseguidos:
 Así todo se cambia en un momento.
 Bien Raymundo se venga, que su ofensa
 Muriendo paga multitud inmensa.

LXXXIX

Miéntas que así su cólera y despecho
 Está en los principales desfogando,
 Ve del reino al tirano á corto trecho
 Combatir, y á su encuentro va volando.
 En la frente le hiere, y ya maltrecho
 Sigue en el mismo punto martillando,
 Hasta que cae y con sólozo horrendo
 Muere, la tierra en que reinó mordiendo.

XC

Ver léjos un caudillo, otro caído
 Produce en cada cual efecto vario.
 Uno, cual bestia brava enfurecido,
 De pechos da en la espada del contrario.
 Quiere otro escapar despavorido
 Y al lugar corre do halla al adversario;
 Al que huye, el vencedor de cerca sigue,
 Tras él entra, y el triunfo así consigue.

XCI

La roca toman; al que huir procura,
 Por la escala al trepar, dan muerte fiera.
 Raymundo sube á la mayor altura
 En la diestra llevando la bandera
 Que á un campo y otro da señal segura
 Del triunfo que uno teme y otro espera.
 Mas no la ve el Soldan, que léjos se halla,
 Y viene furibundo á la batalla.

XCII

A la campaña llega, que enrojece
 La tibia sangre que ondeando aumenta,
 Tal que de muerte el reino ya parece
 Que allí sus triunfos al pasar ostenta:
 A su vista un bridon suelto se ofrece,
 Que sin ginete, en fuga va violenta;
 Toma el freno, á la silla se abalanza
 Y á lo más recio de la lid se lanza.

XCIII

Grande, mas breve auxilio, el Soldan fiero
 Dió á las cansadas huestes sarracenas,
 Cual grande y breve rayo pasajero
 Que inesperado llega y brilla apénas,
 Mas huella eterna su pasar ligero
 Deja en las rocas de matanza llenas:
 Muchos mató; mas la memoria queda
 De dos, que nunca el tiempo borrar pueda.

XCIV

Odoardo y Gildipe, vuestro hado
 Acerbo y duro y hechos excelentes
 (Si tanto á mi toscana pluma es dado)
 Trasmitiré á remotas varias gentes,
 A fin que eterno ejemplo señalado
 Deis de amor y virtud á los vivientes.
 De Amor tal vez un siervo honre con llanto
 Vuestra gloriosa muerte y este canto.

XCV

Vuelve el corcel la dama generosa
 Donde mata y destruye el Soldan crudo;
 Dos grandes tajos tírale animosa:
 Le hiere el flanco y pártete el escudo.
 El traje conociendo, en voz rabiosa
 Grita él: "Manceba vil de aquel barbudo
 " Mejor defensa ahora huso y aguja
 " Te dieran que la espada y el granuja."

XCVI

Calló, y de furia más que nunca lleno,
 Tírale un duro golpe desmedido,
 Que osó, el arnés rompiendo, entrar al seno
 Digno de ser de Amor tan sólo herido.
 Desfallece ella al punto y suelta el freno,
 Ya su bello semblante amortecido,
 A la vista del mísero Odoardo,
 Defensor sin fortuna, aunque no tardo.

XCVII

¿Qué hacer en caso tal? Piedad é ira
 Muévenle á un tiempo hácia diverso lado;
 Una al socorro de su bien que espira,
 Otra á vengar el golpe despiadado.
 Sin decidirse Amor, sólo le inspira
 Que á uno y otro extienda su cuidado.
 Con la mano siniestra la sostiene
 Y á vengarse la diestra se previene.

XCVIII

Mas como fuerza y ánimo divida,
 Bastar no puede contra el moro fuerte:
 Ni á ella logra apoyar, ni al homicida
 De la que tanto amó, puede dar muerte;
 Antes su brazo fiel, que sostenida
 La tiene, el Soldan corta y cae inerte.
 Es fuerza que la suelte y caiga encima
 Y de ella el cuerpo con su cuerpo oprima.

XCIX

Cual olmo en que lozana vid vecina
 Amorosa sus pámpanos enreda,
 Si hacha le corta ó vendaval le arruina,
 Tras sí la arrastra cuando al suelo rueda,
 La hoja destroza, y la uva purpurina
 Ha de aplastar sin que evitarlo pueda,
 De ella dolerse y más sentir parece
 Que su mal, el que ve que ella padece;

C

Así él cayó, y dolor tan sólo siente
 Por la que compañera le dió el cielo.
 Voces quieren formar inútilmente:
 Sólo suspiran con doliente anhelo;
 Miranse, y cual solian, tiernamente
 Abrázanse por último consuelo.
 A ambos la luz se oculta al mismo punto
 Y un espíritu vuela al otro junto.

CI

Sus alas la veloz Fama despliega;
 Con cien lenguas el caso atroz publica,
 Y á Reynaldo no sólo el rumor llega,
 Que la nueva un mensaje certifica.
 En él á ira y deber, piedad se allega
 Y de venganza el ansia multiplica;
 Mas atraviesa y pónese delante
 De él y el Soldan, Adrasto el gran gigante.

CII

Gritaba el Rey feroz: "Por las señales
 "Tú el que busco al fin eres, vil cristiano,
 "Registro armas, escudos y cendales,
 "Todo el dia tu nombre llamo en vano.
 "Hoy cumpliré á los dioses infernales
 "De darte muerte el voto: mano á mano
 "Haré de mi valor prueba contigo,
 "Yo de Armida campeón, tú su enemigo."

CIII

Así le reta, y con furor horrible,
 En la sien le golpea y la garganta.
 Que el yelmo hadado rompa no es posible;
 Mas del arzon le mueve y le levanta.
 Dale Reynaldo un golpe tan terrible,
 Que Apolo no curara herida tanta.
 Cae el coloso, el Rey jamas vencido:
 A un golpe sólo es tanto honor debido.

CIV

De horror y asombro mezcla y de pavora
 A los que aquello ven la sangre hiela.
 Soliman que herir vió la diestra dura,
 Palidece y su faz temor revela;
 Que vecina su muerte se halla augura;
 Qué hacer no sabe; combatir recela,
 Cosa inaudita en él. Mas ¿quién se opone
 A lo que incontrastable ley dispone?

CV

Como agitado en sueño delirante
 Tal vez enfermo ó loco se imagina
 Ir corriendo, y que ansioso hácia adelante
 Los miembros tiende, la cabeza inclina,
 Y del mayor esfuerzo en el instante,
 Pié ni mano á mover jamas atina;
 Soltar la lengua intenta y hablar quiere;
 No obedece la voz, nada profiere;

CVI

Así el Soldan: lanzarse bien querría
 Al combate, y su antiguo esfuerzo invoca;
 Mas no halla en sí la usada valentía:
 Se desconoce y su ánimo se apoca;
 Si de audacia una chispa en él ardía,
 Un secreto terror se la sofoca:
 Varias ideas vuélvense en su mente,
 Aunque ni huir ni retirarse intente.

CVII

A él, que vacila, el triunfador avanza,
Ya lo fuese, ó ya él así lo crea.
En ligereza, en ánimo, en pujanza
Más que mortal parécele que sea.
Resiste apénas, mas la hidalga usanza
No olvida, aunque muriendo ya se vea:
No huye golpes ni gime con bajeza;
Nada hace sin orgullo ó sin grandeza.

CVIII

El Soldan, con frecuencia derribado
Como Anteo, se alzaba nuevamente
Más fuerte. Cuando al fin yace postrado
Para siempre, el rumor luego se siente.
La Fortuna, que varia había luchado,
El triunfo más no osó tener pendiente;
Paró la rueda, y sin que ya se aparte,
De los franeos se acoge al estandarte.

CIX

Con los demas huye la guardia altiva
Real, que era de Oriente el nervio fuerte,
Que se llamó inmortal, y á quien hoy priva
De tan soberbio nombre adversa suerte.
Corta el paso Emiren al que huyendo iba
Con la bandera, y le habla de esta suerte:
“¿No eres tú el que elegí entre mil varones
“A sostener del reino los blasones?”

CX

“Rimedon, no te di la noble enseña
“Para que atrás con deshonor la lleves.
“¿Cobarde! Al Capitan que así se empeña
“En combatir, á abandonar te atreves?
“¿Salvarte tratas? La experiencia enseña
“Que huyendo, á perdicion el paso mueves:
“Combatir debe el que escapar procura,
“Que es la via de honor la más segura.”

CXI

Vuelve aquel á la lid, que en rubor arde.
A otros habla Emiren más descompuesto,
Y aun amenaza y hiere; el más cobarde
Que ántes huyó, cobrar quiere su puesto.
Parte-del ala así logra que aun guarde
De la esperanza de vencer un resto;
Y ver á Tisaferno más le alienta,
Que solo, paso atrás mover no intenta.

CXII

Éste obró maravillas aquel día:
Los normandos por él deshechos fueron;
Por él flamencos de alta nombradía,
Gernier, Rugier, Gerardo, perecieron;
Vida y honra alargó su valentía
Hasta donde los hados permitieron;
Ya, pues, que de vivir harto se halla,
Busca el riesgo mayor en la batalla.

CXIII

Topa á Reynaldo, y aunque se ha tornado
Rojo el blason que azul sacó el escudo,
Y las garras y el pico ensangrentado
Su águila muestra, conocerle pudo.
“Hé aquí el mayor peligro ya llegado,
Dice—“al cielo valor pidiendo acudo,
“Para que Armida vea el grande ejemplo;
“Sus armas voto de Mahoma al templo.”

CXIV

Tal su plegaria fué, plegaria vana
Que á deidad falsa y sorda se endereza;
Cual leon que se incita y que se afana
En despertar su natural fiereza,
Así él, y á su rabia y furia insana
Amor añade filos y agudeza:
Junta sus fuerzas todas, y violento
Recogiéndose, pártelo como el viento.

CXV

Contra él su bridon lanza, cuando advierte
 Que le acomete, intrépido el cristiano.
 Grande plaza les abre y se convierte
 A ver la lid todo el que está cercano.
 Dan tantos golpes, de tan varia suerte
 El paladín cruzado y el pagano,
 Que quien los ve, asombrado casi olvida
 Su ira y propios afectos, y aun su vida.

CXVI

Golpe sólo uno da, golpe y herida
 El otro más forzado y bien armado;
 Sangre derrama el persa sin medida
 Roto el yelmo, el escudo derribado.
 Ve de su campeón la bella Armida
 Sin armas casi, el cuerpo destrozado,
 Y á sus miembros terror tal sobreviene,
 Que débil lazo apenas los sostiene.

CXVII

La que ántes la cercó turba guerrera
 Despareció. En su carro abandonada
 Odia la vida: sierva, prisionera
 Ser cree: no vencer ni ser vengada:
 Medio insensata, trémula, ligera,
 Baja, monta un corcel desatentada,
 Arranca huyendo, y á su lado, fieles,
 Ira y Amor la siguen cual lebreles.

CXVIII

Tal Cleopatra en siglo de hoy distante,
 Huyendo sola de la lid horrenda,
 Frente al feliz Augusto, al caro amante
 Dejó en el mar en áspera contienda,
 A quien contra su honor Amor triunfante
 Tras ella hizo seguir la incierta senda.
 Así en pos de ella Tisaferno iría,
 Mas el que con él lidia lo impedía.

CXIX

Cuando faltó la que le daba aliento,
 Parece que del día la luz muere,
 Y al que le estorba, en pronto movimiento
 Feroz se vuelve y en la frente hiere.
 Jamas cayó el martillo más violento
 De Bronte, con que el rayo forjar quiere,
 Y del tajo fué tanta la fiereza
 Que al pecho aquel inclina la cabeza.

CXX

Se alza Reynaldo, y ántes que asegunde,
 Vibra el hierro hácia el peto ya deshecho;
 Le abre el costado, en que el acero se hunde
 Y el corazón va á atravesar derecho.
 Tanto entró, que su herida hace que inunde
 De sangre del pagano espalda y pecho
 Y que halle abierta la ánima que huía,
 Para salir del cuerpo, doble vía.

CXXI

En torno mira el vencedor guerrero
 Donde nuevo combate se presente;
 Mas no hay ya del pagano un tercio entero,
 Ni quien solo un pendon en pié sustente.
 Cesó en matar, y el que alentó primero
 Ardor marcial, en él calmar se siente,
 Y ya sereno, á su memoria asiste
 La dama que huye solitaria y triste.

CXXII

Cuando partir la vió, compadecido
 Cortés deber creyó cuidar de ella:
 Recuerda que al dejarla ha prometido
 Su caballero ser á Armida bella;
 Por donde huyó la sigue, que esculpido
 Del palafren el pié marca la huella.
 Llega ella en tanto á opaca selva umbría,
 Que á oculta muerte propia parecía.

CXXIII

Agradóle que al sitio oscuro y quieto
 Su pié errante el acaso dirigiera.
 Se apea, y desarmada por completo
 De arco, aljaba y arneses se aligera.
 Dice: "Armas infelices, sin objeto,
 "Pues enjutas dejasteis la lid fiera,
 "Aquí os depongo, aquí quedad suspensas
 "Ya que tan mal vengasteis mis ofensas.

CXXIV

"Mas ¡qué! ¿De tantas armas, el destino
 "Querrá que ni una en sangre sea bañada?
 "Si hallais todo otro pecho diamantino,
 "¿No hay de mujer al seno alguna osada?
 "Desnudo el mio daros determino;
 "Heridle por hazaña señalada;
 "Tierno á los golpes es: Amor lo sabe,
 "Que á cada tiro herida le dió grave;

CXXV

"Si alguna en mí se muestra aguda y fuerte,
 "Perdónoos que cobardes hayais sido.
 "Mísera Armida, á quien su triste suerte
 "A tan fatal extremo ha reducido,
 "Que otro remedio alguno á hallar no acierte
 "Que nueva herida hacer al pecho herido;
 "Llaga de hierro, llaga de amor cure:
 "La muerte al corazon salud procure.

CXXVI

"Feliz yo si al morir, dejar consigo
 "La peste que aun infesta mi agonía.
 "Quédese amor: vaya el rencor conmigo
 "Y haga á mi sombra eterna campaña,
 "O del abismo vuelva, á dar castigo
 "A quien hizo de mí la burla impía,
 "Y muéstresele tal, que su reposo
 "Nocturno inquiete, horrible y espantoso."

CXXVII

Calló, y resuelta y firme, ya el acero
 De un dardo agudo y sólido examina,
 Cuando llega y la mira el caballero
 Al más extremo trance tan vecina,
 En ademan compuesto, lastimero,
 Con mortal palidez la faz divina.
 Va por su espalda, el brazo la detiene
 Que ya apuntado al pecho el hierro tiene.

CXXVIII

Vuélvese Armida y súbito le mira,
 Que sentido no había su llegada.
 Grita; del rostro del que amó retira
 Los ojos desdeñosa; desmayada
 Cae cual flor tronchada, y casi espira,
 Doblado el tierno cuello. Él apoyada
 En un brazo la tiene, y entretanto
 La túnica ceñida suelta un tanto.

CXXIX

Y la faz bella y seno alabastrino
 Baña con rara lágrima piadosa:
 Cual rocío argentado matutino
 Reanima la inclinada mustia rosa,
 Tal levanta ella el rostro peregrino
 Con llanto ajeno húmedo, y dudosa
 La vista alza tres veces; la desvia
 Tres veces; que al que amó ver no quería,

CXXX

Y con lánguida mano el fuerte brazo
 Que la sostiene, retirar esquivá.
 Tienta y retienta en vano, que el abrazo
 Más él estrecha á cada tentativa.
 Al fin presa en el firme y dulce lazo,
 Que aun caro le es tal vez, en él estriba;
 Habla, y vierte á la vez llanto abundante,
 Sin dirigir la vista á su semblante.

CXXXI

“ ¡Oh! siempre que á mí llegas ó te partes
 “ Igualmente cruel, ¿á qué has venido?
 “ Gran maravilla es que mi muerte apartes
 “ Y vida, matador, me hayas traído.
 “ ¿Tú salvarme? Gozar con que te hartes
 “ En mi desprecio y penas has querido:
 “ Tus artes veo; tu traicion no dudo;
 “ Mas nada puede quien morir no pudo.

CXXXII

“ Cierta mengua tu honor, si encadenada
 “ Una mujer, tu triunfo no decora.
 “ Por fuerza hay presa, si ántes traicionada,
 “ Tus más preciadas glorias avalora.
 “ Vida y paz te pedí cuando era amada;
 “ Dulce la muerte en paz me fuera ahora;
 “ Mas de tí no la quiero, que no hay cosa
 “ Si tú la das, que no me fuera odiosa.

CXXXIII

“ Por mí misma, cruel, librarne quiero
 “ De tu ferocidad, en cualquier suerte:
 “ Si encadenada, tósigo ú acero
 “ No tengo, ó precipicio ó lazo fuerte,
 “ Que otro medio ha de darme el cielo espero
 “ De morir sin que puedas oponerte.
 “ Cese tu halago, bien que falso sea.
 “ ¡Cuánto á un triste esperar ¡ay! lisonjea!”

CXXXIV

Así se duele y con la flébil vena
 Que ya la ira ya el amor produce,
 Sus lágrimas él junta, y en su pena
 Un compasivo afecto se trasluce.
 Con suave acento dícele: “Serena,
 “ Armida, el pecho; mi ánimo conduce
 “ Pasion más noble: al trono te reservo,
 “ No tu enemigo; campeon y siervo.

CXXXV

“ Mis ojos, si mi voz fe no merece,
 “ Diránte cuánto es de mi afecto el celo
 “ Que en aquel solio colocarte ofrece
 “ De tus abuelos; y ¡oh! pluguiera al cielo
 “ Que su luz que las nieblas desvanece
 “ De error, rasgara en tí su denso velo:
 “ En Oriente yo hiciera que ninguna
 “ Compitiera á la tuya real fortuna.”

CXXXVI

Así habla y ruega. Al ruego se acompaña
 Lágrima rara ó bien suspiro leve.
 Cual se ablanda la nieve en la montaña,
 Cuando arde el sol, ó tibio aire se mueve,
 Tal la que ella mostraba dura saña
 Cede, y muy otro afecto la conmueve.
 “ Tu esclava soy—le dice—á tu contento
 “ Dispon de mí, será mi ley tu acento.”

CXXXVII

Descubre el jefe egipcio en ese instante
 Su estandarte real donde yacia,
 Y á un tiempo á Rimedon ve que espirante
 A un rudo golpe de Bullon caía.
 Su gente que no ha muerto mira errante;
 Mostrar no quiere entónces cobardía;
 Buscando iba, y no buscaba en vano,
 Ilustre muerte de famosa mano.

CXXXVIII

Contra Gofredo su caballo lanza,
 Que contrario no puede hallar más digno,
 Y muestra de valor sin esperanza
 En el arrojado audaz último signo;
 Grita cuanto su voz á oír se alcanza:
 “ A morir por tu mano me resigno,
 “ Mas la esperanza mi valor reanima
 “ De que al caer mi cuerpo el tuyo oprima.”

CXXXIX

Dijo, y al punto súbito arremete
 Uno contra otro y salvan la distancia.
 El escudo y siniestro brazalete
 Rotos, del brazo herido es el de Francia;
 Un golpe al lado izquierdo del almete
 Recibe el otro, y tal es su importancia,
 Que en el arzon le aturde, y miéntras quiere
 Enderezarse, el vientre aquel le hiere.

CXL

Muerto el jefe Emiren, un resto escaso
 Queda del grande ejército agareno;
 Aun le sigue Bullon; mas tiene el paso,
 Que á Altamoro ve á pié, de sangre lleno,
 Rotos la espada y casco, en duro caso;
 Que apuntaban cien lanzas á su seno.
 "Dejadle—grita;—y tú, buen caballero,
 "A Gofredo te rinde prisionero."

CXLI

Aquel, hasta allí bravo y orgulloso,
 Que de humildad jamas indicio diera,
 No bien oye aquel nombre tan famoso
 En cuanto alumbra el sol en su carrera,
 Dice: "De obedecerte soy gustoso:
 "Mis armas toma, que quien vence impera;
 "Y pues es de Altamoro tu victoria,
 "Escasa no será de oro ó de gloria.

CXLII

"El oro de mi reino y pedrería
 "Mi esposa te dará por mi rescate."
 Gofredo replicó: "La mente mía
 "No quiera el cielo que en riquezas trate,
 "Ni el tributo que el indio mar te envía
 "O que Persia te rinde, yo arrebate;
 "Por precio de las vidas no peleo:
 "Guerra hago, no cambio ni granjeo."

CXLIII

Calla y lo da á los suyos que le guarden,
 Y á seguir el alcance va violento.
 A los reparos van, sin que retarden
 Los que huyen la muerte ni un momento;
 Que el real les entran; las trincheras arden;
 De sangre un rio inunda el campamento;
 Con que el botin se manche, y se corrompa
 El ornamento bárbaro y la pompa.

CXLIV

Así vence Gofredo. Aun dura tanto
 La luz del sol que brilla en Occidente,
 Que pudo en la ciudad ganada, al santo
 Templo de Cristo conducir su gente;
 Aun no depuesto el sanguinoso manto,
 Entra con ella el jefe preeminente;
 Las armas cuelga, y á adorar rendido
 Va el gran sepulcro, el voto ya cumplido.

F I N .